Un preso reformado

[Cuento - Texto completo.]

O. Henry

Un guardián entró en el taller de zapatería de la cárcel, donde Jimmy Valentine estaba remendando laboriosamente unos botines y lo acompañó a la oficina de la mesa de entradas. Allí, el alcaide le entregó a Jimmy su indulto, que había sido firmado esa tarde por el gobernador. Jimmy lo tomó, con aire cansado. Había cumplido casi diez meses de una condena a cuatro años. Solo esperaba quedarse unos tres meses, a lo sumo. Cuando un hombre con tantos amigos como Jimmy Valentine entra en la cárcel, casi no vale la pena raparlo.

—Bueno, Valentine —dijo el alcaide—. Mañana por la mañana, quedará en libertad. Ánimo y hágase hombre. En el fondo, usted no es malo. Déjese de forzar cajas de hierro y viva honestamente.

—¿Yo? —dijo Jimmy, con aire de sorpresa—. ¡Si yo nunca he forzado una caja de hierro!

—¡Oh, no! —dijo el alcaide, riendo—. Claro que no. Veamos. ¿Cómo fue que lo detuvieron por aquel asunto de Springfield? ¿Fue porque no quiso probar la coartada por temor a comprometer a algún figurón de la alta sociedad? ¿O se debió simplemente a que aquel infame jurado lo aborrecía? Siempre pasa lo uno o lo otro cuando se trata de ustedes, inocentes víctimas.

—¿Yo? —dijo Jimmy, siempre inmaculadamente virtuoso—. Pero, alcaide… ¡Si yo jamás estuve en Springfield!

—Lléveselo, Cronin —dijo sonriendo el alcaide—. Y provéalo de ropa para irse. Ábrale las puertas a las siete de la mañana y que salga al redondel. Más vale que medite en mi consejo, Valentine.

A las siete y cuarto de la mañana siguiente, Jimmy se hallaba en la oficina de salidas de la alcaidía. Se había puesto un traje de confección, de esos muy holgados, y un par de esos zapatos rígidos y chillones que el Estado les proporciona a sus pensionistas forzosos cuando los libera.

El escribiente le dio un boleto de ferrocarril y los cinco dólares con que la ley esperaba verlo rehabilitado y convertido en un buen ciudadano, próspero y floreciente. El alcaide le regaló un cigarro y le estrechó la mano. Valentine, el 9762, fue registrado en el libro de egresos con las palabras “Indultado por el gobernador” y el señor James Valentine salió de la cárcel al sol.

Haciendo caso omiso de los gorjeos de los pájaros, de los verdes árboles que ondulaban y del perfume de las flores, Jimmy se encaminó directamente hacia un restaurante. Allí saboreó las primeras alegrías bajo la forma de un pollo asado y una botella de vino blanco,

seguidos por un cigarro algo mejor’ que el que le ofreciera el alcaide. De allí se dirigió lentamente a la estación. Dejó caer un cuarto de dólar en el sombrero de un ciego sentado junto a las puertas y subió a su tren. A las tres horas llegó a un pueblecito situado cerca de la frontera estatal. Allí fue al café de un tal Mike Dolan y le estrechó la mano a Mike, que estaba solo detrás del mostrador.

—Lamento que no hayamos podido hacerlo antes, Jimmy —dijo Mike—. Pero teníamos que luchar contra esa protesta de Springfield y poco faltó para que el gobernador se negara al indulto. ¿Te sientes bien?

—Espléndidamente —dijo Jimmy—. ¿Tienes mi llave?

Se la entregaron y subió al primer piso, abriendo la puerta de un cuarto del fondo. Todo estaba como lo había dejado. En el piso vio aun aquel gemelo del cuello de Ben Price que le arrancara al eminente detective cuando la superioridad numérica de la policía lo había vencido.

Jimmy hizo surgir de la pared una cama plegadiza, corrió un panel y sacó una maleta cubierta de polvo. La abrió y contempló afectuosamente el conjunto de herramientas para robos más perfecto del Este. Era un equipo completo, de acero especialmente templado, con los últimos diseños en materia de taladros, punzones, berbiquíes, palancas, grampas y barrenos, con un par de novedades inventadas por el propio Jimmy y que lo enorgullecían. Le había costado más de novecientos dólares hacer fabricar todo aquello en… un lugar donde hacen esas cosas para la profesión.

Al cabo de media hora, Jimmy bajó y fue al café. Ahora vestía ropa de medida para él y de buen gusto y llevaba en la mano su maleta, a la cual había quitado el polvo y limpiado.

—¿Andas en algo? —le preguntó cordialmente Mike Dolan.

—¿Yo? —replicó Jimmy, con tono perplejo—. No entiendo. Represento a la Sociedad Fusionada de Bizcochos y Trigo Descortezado de Nueva York.

Estas palabras le causaron tanto deleite a Mike que Jimmy hubo de tomar una agua de Seltz con leche inmediatamente. Nunca tocaba las bebidas “fuertes”.

A la semana de haber sido liberado Valentine, el número 9762, tuvo lugar en Richmond, Indiana, un limpio trabajo de robo, ya que forzaron una caja de hierro sin que quedara el menor indicio sobre el autor. El ladrón encontró solamente ochocientos dólares. A las dos semanas, en Logansport, abrieron como un queso una caja de hierro patentada, mejorada y a prueba de robos y se llevaron mil quinientos dólares en efectivo, dejando intactos los títulos y la platería. Esto comenzó a interesar a los cazadores de bribones. Luego, una anticuada caja de banco de Jefferson City entró en actividad y vomitó por su cráter una erupción de cinco mil dólares. Las pérdidas eran ahora suficientemente importantes para clasificar los robos entre los casos dignos de Ben Price. Al comparar las observaciones efectuadas, en cada caso, se advirtió una notable analogía en los métodos usados. Ben Price practicó investigaciones en el escenario mismo de los robos y se le oyó decir:

—Esto ostenta el autógrafo de Dandy Jim Valentine. Ha vuelto a las andadas. Miren ese dial con combinación: lo han arrancado con la misma facilidad con que se arranca un rábano con tiempo húmedo. Valentine tiene las únicas grampas que permiten hacerlo. ¡Y fíjense en la limpieza con que fueron perforados esos fiadores de la cerradura! Jimmy nunca necesita taladrar más que un agujero. Sí, creo que debo atrapar al señor Valentine. Cumplirá su condena la vez próxima sin indultos ni tonterías parecidas.

Ben Price conocía las costumbres de Jimmy. Las había estudiado al trabajar en el caso de Springfield. Saltos largos, fugas rápidas, nada de cómplices y la afición a la buena sociedad: todo esto le había ayudado al señor Valentine a eludir victoriosamente el castigo y a destacarse en ese terreno. Se insinuó que Ben Price había hallado la pista del escurridizo ladrón y otras personas que poseían cajas de hierro a prueba de robos se sintieron más tranquilas.

Una tarde Jimmy Valentine y su maleta bajaron de la diligencia del correo en Elmore, un pueblecito situado a ocho kilómetros del ferrocarril en Arkansas. Jimmy, que parecía un joven y atlético estudiante que volvía de la universidad, se dirigió por la vereda de tablones al hotel.

Una joven cruzó la calle, pasó ante Jimmy en la esquina y penetró por una puerta sobre la que campeaba este rótulo:

Banco de Elmore

Cuando Jimmy Valentine miró los ojos de aquella mujer, se olvidó de quién era y hasta creyó convertirse en otro hombre. Ella bajó la vista y se sonrojó. Hombres de la apostura y elegancia de Jimmy eran poco frecuentes en Elmore.

Jimmy abordó a un muchacho que holgazaneaba en la escalinata del banco como si fuera uno de los accionistas y empezó a formularle preguntas sobre el pueblo, alimentándolo a ratos con monedas de diez centavos. A poco, la joven salió, aparentando la despreocupación de una reina ante el joven de la maleta y se alejó.

—¿No es ésa la señorita Polly Simpson? —preguntó Jimmy, con plausible ingenuidad.

—No —dijo el muchacho—. Es Annabel Adams. Su padre es el dueño del banco. ¿A qué ha venido usted a Elmore? ¿Es de oro la cadena de su reloj? Me van a regalar un bull–dog. ¿Tiene más monedas de diez centavos?

Jimmy fue al Hotel de los Hacendados, se anotó en el registro con el nombre de Ralph D. Spencer y tomó una habitación. Se inclinó sobre el mostrador de la mesa de entradas y le reveló sus planes al empleado. Dijo que había venido a Elmore en busca de un lugar para dedicarse a los negocios. ¿Qué perspectivas tenía allí el negocio del calzado? Había pensado en dedicarse a aquel ramo. ¿Había posibilidades de hacerlo?

El empleado se sintió impresionado al ver la indumentaria y los modales de Jimmy. Él mismo era algo así como un modelo de elegancia para la juventud escasamente dorada de Elmore, pero ahora notaba sus defectos. Mientras trataba de adivinar cómo se anudaba Jimmy la corbata, le proporcionó cordialmente una información.

Sí, debía haber buenas posibilidades en el ramo del calzado. En el pueblo no existía un solo comercio que vendiera exclusivamente zapatos. Estos se vendían en los almacenes de ramos generales y bazares. Se hacían muy buenos negocios en todos los ramos.

El empleado del hotel manifestó su esperanza de que el señor Spencer se decidiría a radicarse en Elmore. Ya vería que el pueblo era agradable y la gente muy sociable.

El señor Spencer contestó que se proponía quedarse unos días en el pueblo y estudiar el asunto. No, no hacía falta llamar al groom del hotel. Él mismo llevaría al primer piso su maleta: era bastante pesada.

El señor Ralph Spencer, el ave fénix surgida de las cenizas de Jimmy Valentina —cenizas causadas por las llamas de un repentino acceso de amor— se quedó en Elmore y prosperó. Estableció una zapatearía e hizo buenos negocios.

Desde el punto de vista social, obtuvo también éxito y se creó muchas amistades. Y realizó el anhelo de su corazón. Conoció a la señorita Annabel Adams y sus encantos lo cautivaron cada vez más.

Al cabo de un año, la situación del señor Ralph Spencer era la siguiente: se había ganado el respeto de la población, su zapatería prosperaba y estaba comprometido con Annabel, faltando dos semanas para la boda. El señor Adams, un típico banquero rural, activo y laborioso, aprobaba la elección de su hija. El orgullo que le inspiraba el señor Spencer a Annabel igualaba casi a su afecto. Y Jimmy se sentía tan a sus anchas con la familia del señor Adams y de la hermana casada de Annabel como si fuera ya miembro de la misma.

Cierto día, Jimmy se sentó en su cuarto y escribió esta carta, que envió al domicilio de uno de sus viejos amigos de Saint Louis, un lugar seguro:

Querido camarada:

Quiero que estés en el café de Sullivan, en Little Rock, el miércoles próximo a las nueve de la noche, y que me arregles unos asuntitos. Y quiero regalarte también mi caja de herramientas. Sé que te alegrará tenerlas: no conseguirías una igual ni por mil dólares. Mira, Billy. He dejado el oficio… hace un agro ya. Tengo un bonito comercio. Me gano la villa honradamente y me voy a casar dentro de dos semanas con la muchacha más linda del mundo. Ésa es para mí la única vida posible, Billy: la del camino recto. Ahora no tocaría un dólar ajeno ni por un millón. Cuando me haya casado liquidaré mi negocio y me iré al Oeste, donde no habrá tanto peligro de que me vengan a cobrar cuentas viejas. Te aseguro, Billy, que ella es un ángel. Cree en mí: y yo no cometería otra bribonada ni por todo el oro del mundo. No dejes de esperarme en el café de Sully, porque necesito hablar contigo. Te traeré las herramientas.

Tu viejo amigo

Jimmy

Días después, un lunes por la noche, Ben Price llegó a Elmore sin llamar la atención, en un coche de alquiler. Se paseó perezosamente por el pueblo con su calma habitual hasta encontrar lo que quería. Desde la farmacia que estaba enfrente de la zapatería de Spencer pudo ver bien a Ralph D. Spencer.

"¿De modo que vas a casarte con la hija del banquero, Jimmy? —se dijo—. ¡Que me condenen!"

A la mañana siguiente, Jim fue a almorzar a casa de los Adams. Ese día iba a Little Rock para encargar su traje de novio y para comprarle algo hermoso a Annabel. Desde su llegada a Elmore era su primera salida del pueblo. Había transcurrido más de un año desde el último de aquellos "trabajos" profesionales y creía poder aventurarse sin peligro.

Después del almuerzo, toda la familia fue a los alrededores del pueblo: el señor Adams, Annabel, Jimmy y la hermana de Annabel con sus dos niñitas, de cinco y nueve años de edad. Pasaron por el hotel donde se alojaba aún Jimmy y éste subió corriendo a su habitación y trajo su maleta. Luego, fueron al banco. Allí los esperaban el caballo y el coche de Jimmy y Dolph Gibson, que lo llevaría a la estación del ferrocarril.

Todos entraron en el recinto del banco, franqueando aquellas altas barandillas de roble tallado, inclusive Jimmy, porque el futuro yerno del señor Adams era bienvenido en todas partes. A los empleados les agradaba que los saludara aquel joven agradable y gallardo que se casaría con la señorita Annabel. Jimmy dejó su maleta en el suelo. Annabel, cuyo corazón rebosaba dicha y animación juvenil, se encasqueto el sombrero de su prometido y tomó la maleta.

—¿Verdad que yo sería un buen viajante? —dijo—. ¡Caramba, Ralph! ¡Qué pesada es! Se diría que está llena de ladrillos de oro.

—Contiene una partida de calzadores de níquel —dijo Jimmy serenamente—. Una partida que debo devolver. Se me ocurrió ahorrarme el gasto del flete llevándolos personalmente. Me estoy volviendo muy económico.

El Banco de Elmore acababa de instalar una nueva caja de seguridad. El señor Adams se enorgullecía mucho de ello e insistió en que todos la inspeccionaran. La caja era pequeña, pero tenía una nueva puerta patentada. Se cerraba con tres sólidas cerraduras de acero que giraban simultáneamente con una sola manija y que funcionaban con un mecanismo de reloj. El señor Adams le explicó con aire radiante su funcionamiento al señor Spencer, el cual reveló un interés cortés pero no demasiado inteligente. Las dos niñas, May y Agatha, quedaron encantadas al ver el reluciente metal y el extraño mecanismo de reloj y los diales.

Mientras estaban entretenidos así, Ben Price entró espaciosamente y se acodó sobre la barandilla, mirando con aire negligente lo que ocurría allí. Le dijo al pagador que no quería nada, que solo esperaba a un amigo.

Repentinamente, las mujeres profirieron un par de chillidos y hubo un alboroto general. Sin que lo notaran los mayores, May, la niña de nueve años, con ánimo juguetón, había

encerrado a Agatha en la caja de hierro. Luego hizo funcionar las cerraduras y girar los diales como se lo viera hacer al señor Adams.

El viejo banquero saltó hacia la perílla y tiró de ella durante unos instantes.

—No es posible abrir esta puerta —gimió—. El mecanismo del reloj no tiene cuerda aún y la combinación no está fijada.

La madre de Aghata volvió a proferir un grito histérico.

—¡Silencio! —dijo el señor Adams, alzando su trémula mano—. Cállense todos por un momento. ¡Agatha! —le gritó a su nietecita con toda la fuerza posible—. Escúchame.

Durante la pausa que siguió, los presentes solo pudieron oír el débil chillido de la criatura, que gritaba frenéticamente presa del pánico en la oscuridad de la caja.

—¡Tesoro mío! —gimió la madre—. ¡Se morirá de miedo! ¡Abran la puerta! ¡Oh, fuércenla! ¿No pueden ustedes hacer algo?

—Solo en Little Rock hay un hombre que pueda abrir esa puerta —dijo el señor Adam, con voz trémula—. ¡Dios mío! ¿Qué haremos, Spencer? Esa criatura… esa criatura no se puede quedar mucho tiempo ahí. No hay suficiente aire, y además sufrirá convulsiones de miedo.

La madre de Agacha golpeaba con frenesí la puerta de la caja. Alguien sugirió la descabellada idea de usar dinamita. Annabel se volvió hacia Jimmy, con los grandes ojos llenos de angustia, pero sin desesperar aún. A una mujer nada le parece totalmente imposible para el hombre a quien adora.

—¿No podrías hacer algo, Ralph … ? ¿No podrías… intentarlo?

—Annabel —dijo—. Dame esa rosa que luces… ¿quieres?

Incrédula, creyendo no haber oído bien, Annabel desprendió el capullo de su pechera y lo depositó en su mano. Jimmy se lo metió en el bolsillo del chaleco, se despojó del saco y se arremangó. Con cato acto, Ralpl D. Spencer desapareció y lo substituyó Jimmy Valentine.

—Apárten todos de la puerta —ordenó, lacónicamente.

Puso la maleta sobre la mesa y la abrió. A partir de este momento pareció no notar la presencia de nadie. Sacó con rapidez y ordenadamente las relucientes y extrañas herramientas, silbando para sí como lo hacía siempre cuando trabajaba. Sumidos en un profundo silencio e inmóviles, los demás lo observaban como hechizados.

Al cabo de un minuto, el taladro favorito de Jimmy penetraba suavemente en la puerta de hierro. A los diez —superando su propio record de ladrón— Jimmy descorrió los pasadores y abrió la puerta.

Agatha, casi desvanecida pero ilesa, cayó en brazos de su madre.

Jimmy Valentine se puso el saco, franqueó la barandilla y se dirigió hacia la puerta del banco. Al hacerlo le pareció oír que una lejana voz, conocida antaño, le gritaba: “Ralph!”. Pero no vaciló.

En la puerta parecía esperarlo un hombre corpulento.

—¡Hola, Ben! —dijo Jimmy, siempre con su extraña sonrisa—. Por fin me ha echado el guante… ¿eh? Bueno, vamos. Ahora creo que tanto me da.

Y entonces Ben Price obró de una manera bastante extraña.

—Creo que se equivoca, señor Spencer —dijo—. Que yo sepa, no lo conozco. Tengo entendido que su coche lo espera… ¿verdad?

Y Ben Price le volvió la espalda y echó a andar despaciosamente calle abajo.